

canalizaciones están obsoletas. Los techos son de uralita y las puertas, de madera. Josefina no tiene baño y todos los días calienta agua en una olla y se aseá en el lavadero. Pero en invierno tiene que lavarse en la cocina. La casa de Laura, Tonia y Héctor tiene el baño fuera, en un pequeño patio en el que, de vez en cuando, se cuela algún gato. En invierno, el frío atraviesa las paredes finas y en verano tienen que colocar ventiladores por toda la casa. **«No tienes las comodidades de un piso pero lo que perdemos por una parte lo ganamos por otra. Vale la pena morir de frío cada vez que hay que ir al lavabo»**, bromea Tonia.

Una reforma necesaria

Rafa, vecino durante cuatro años de Castells, tuvo que dejar su casa porque, con cuatro hijos, se le quedó pequeña. Pero sigue manteniendo el bar justo enfrente de donde vivió. **«Esto es muy bonito. Yo viviría aquí toda mi vida, pero las casas están muy mal. Hay gente que las tiene bien, pero hay que ir cuidándolas día a día. Y la reforma hay que hacerla porque todo el mundo está perdiendo dinero, tanto los inquilinos como el Ayuntamiento. Pero hay que poner las cartas boca arriba y darle a cada uno lo suyo»**, afir-

«Es una aberración histórica y arquitectónica que la derriben», dice una vecina

ma. A pesar de la aparente degradación exterior de algunas de las casas, muchos vecinos aseguran que están en buen estado.

Las calles Entença, Montnegre, Equador y Taquígraf Serra delimitan la colonia, fijan la frontera de una barriada de otro tiempo. Allí la vida todavía se mueve a otro ritmo y el paisaje es muy diferente al que hay dos calles más arriba, donde el centro comercial Illa Diagonal recuerda que esas casas *ya no tocan*. **«Aquí puedes dejar la puerta abierta para que se seque el suelo sin miedo a que entre nadie»**, dice Laura. En la puerta, sus amigas dejan siempre las bicicletas sin atar; una de ellas define la colonia como **«un paraíso alternativo en medio de la ciudad»**.

Josefina sale todos los días a regar las macetas en bata sin pensar en qué dirán. Sentada en su hamaca recuerda la colonia de antaño, cuando compartía esa pequeña casa, en la que ahora vive sola, con siete personas más. **«A mí lo que más pena me da es que tengo muchos recuerdos en esta casa. Me sabe mal porque aquí los tengo a todos: a mis padres, a dos hermanos y a mi marido, que murieron entre estas paredes»**, dice emocionada. **«Y que ya no estaré en la calle con la puerta abierta y me sabe mal. Pero ya soy mayor. A nosotros, que nos den lo que nos toca y ya está»**.

A sus 69 años, Rafa confiesa estar tranquilo. **«Creo que no me van a echar tan pronto»**, afirma. Asegura que sus mayores motivaciones en la vida son su bar, su familia y que los



►► El legado ► Vista general de la Colonia Castells.

LOS ORÍGENES OBREROS

LEGADO INDISPENSABLE DE LA BCN INDUSTRIAL

El 21 de febrero de 1923, el constructor Vicente J. Fenollosa solicitó un permiso de obras para construir «20 casitas» en la calle Montnegre. Y un mes más tarde sustituyó la petición por una más ambiciosa «para construir 117 habitaciones de bajos». El permiso definitivo dio lugar al nacimiento de la Colonia Castells en un terreno perteneciente a la viuda y la hija del empresario Manuel Castells. Ellas fueron las auténticas promotoras de esta urbanización que hoy todavía sigue en pie y que entonces fue la más grande construida a cargo de un operador privado.

Las 300 casas de esta zona de Les Corts son el legado de una época clave en el crecimiento de la ciudad. Como ella, surgieron en los años 20 extensas zonas de viviendas populares en Collblanc, Nou Barris, Hospitalet, Can Baró... Construidos bajo un halo de pobreza, estos barrios albergaban principalmente a trabajadores inmigrantes en busca de mejor fortuna. La mayor parte de esos miles de casas desaparecieron tras la intensa edificación de los años 60 y 70, una fiebre urbanística a la que, entonces, la Colonia Castells sí sobrevivió.



clientes vayan a verle: **«Aquí ya me conoce todo el mundo. Yo llegué soltero y aquí lo he vivido todo, lo bueno y lo malo. He criado a mis cuatro hijos en este barrio y se me saltan las lágrimas de pensar que lo van a tirar»**. Como ellos, hay docenas de afectados. Se calcula que hay 220 casas habitadas actualmente en la Colonia Castells y los inquilinos de casi 200 cumplen los requisitos que les dan derecho al realojo.

Vida en el exterior

La colonia propicia la vida en el exterior, quizá por el tamaño reducido de las casas, quizá por la oscuridad que hay entre sus paredes. Los fines de semana las terrazas se llenan de gente. **«Lo mejor es ver cómo los vecinos hacen barbacoas»**, dice Laura. Gatos, macetas y niños en bicicleta siguen decorando el paisaje de los pasajes Castells, Barnola, Piera y Transversal. Y, en la esquina, Rafa sirve tapas y cañas en su bar y lo seguirá haciendo hasta que le dejen. **«Yo lo monté y lo llevaré hasta que caigan las puertas abajo. He vivido momentos muy especiales y también muchos sinsabores, pero no quiero otro bar que no sea este. Si las propuestas que me hacen son rentables quizá monte otro, pero las cosas van a cambiar mucho»**. ≡



En familia. ► Sobre estas líneas, Rafa Ruiz, en la barra de su bar, considerado por muchos el centro social de la colonia. A la derecha, una vecina riega las macetas que adornan su puerta. Debajo, Laura y Tonia, estudiantes, en la entrada de su casa.

